

Teoría, metodología e intencionalidad etnomuseológicas. Revisión de dos casos: la cultura tradicional vasca y el totem de Cunshewa

D. Juan A. Rubio-Ardanaz

Presidente de la sección de Antropología de Eusko Ikaskuntza
- Sociedad de Estudios Vascos

El objetivo de este trabajo es de tipo teórico y comparativo y pretende realizar una reflexión en torno a la presencia y la práctica etnomuseológica actual en la ciudad de Bilbao.

La reflexión se detiene en un tipo de museo específico tal y como es el etnológico y etnográfico, presente en diversas localidades del País Vasco. Esta gira alrededor de dos conceptos que nos parecen fundamentales: el de “elemento de la cultura material” y el del “espacio”. Para ello se han tomado como referencias principales para este trabajo, por una parte el Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco, de Bilbao y por otra aspectos etnomuseológicos del Musée des Civilisations de Canadá, como puntos de contraste.

Lan honen helburua teorikoa eta konparatiboa da, eta Bilboko gaur egungo praktika eta esperientzia etnomuseologikoari buruzko hausnarketa egin nahi du.

Hausnarketa Euskal Herriko hainbat herritan dauden museo etnologiko eta etnografikoei besterik ez zaie egin. Gure ustez, oinarritzkoak diren bi ideia-eremu inguruan finkatu da hausnarketa: “kultura materialaren elementua” eta “espazioa”. Horretarako, lan honetan oinarritzko eredutzat hartu dira alde batetik, Bilboko *Euskal Arkeologia, Etnografia eta Kondaira Museoa* eta erkatu ahal izateko, beste aldetik, *Musée des civilisations de Canadá*-ren etnomuseologiari buruzko ideiak.

The aim of this work is of a theoretical and comparative type, and it attempts to carry out a reflection on the present ethno-museological presence and practice in the city of Bilbao.

My reflections concentrate on a specific type of museum, the ethnological and ethnographical museum, present in different localities of the Basque Country. They revolve around two concepts that seem fundamental to me: that of “element of material culture” and that of “space”. To this end, the following have been taken as the principal references for this work: on the one hand, the *Basque Archaeological, Ethnographic and Historical Museum*, and on the other, ethno-museological aspects of the *Musée des civilisations de Canadá*, as points of contrast.

The definition of ethno-museology has been taken as the starting point for this, with attention paid to its specificities and taking two of the most important references and examples that exist today in Bilbao. I refer to the exhibitions on Shepherding and on the Sea, located in the above mentioned *Basque Archaeological, Ethnographic and Historical Museum* of the city. With these as a starting point, other ethno-museological resources are compared and conclusions are drawn about ethno-museological practice itself.

Tomamos como punto de partida la constatación de que la cultura entendida como un hecho fundamentalmente antropológico, ocupa un espacio importante en el espectro museístico. Es así como dentro de la gama ocupada por éste, contamos con instituciones en las que se da una importancia primordial a lo cultural y social, considerándolo como una realidad genuinamente humana. Nos hallamos ante el museo dedicado a culturas o a elementos culturales preindustriales contemporáneos o pertenecientes a un pasado no muy lejano¹, temática a la que también se suman manifestaciones y realidades industriales y postindustriales contemporáneas. Éstas son abordables etnológicamente y por lo tanto su estudio también implica una labor de recogida de datos sobre el terreno, es decir la puesta en marcha de un trabajo etnográfico.

Desde esta ubicación proponemos comenzar por una definición concisa del objeto de la etnomuseología. Luego tomaremos como referencia primera, las diversas intenciones metodológicas de la etnografía, para tratar de llegar a un planteamiento desde el cual el trabajo etnomuseológico, sus resultados, exposiciones y manifestaciones son la expresión de intenciones que aunque vehiculadas por una teoría, también responden a una práctica social concreta. Llamaremos la atención sobre su presencia en nuestro entorno y reflexionaremos comparativamente con otras experiencias en las que se contemplan culturas autóctonas amerindias.

La etnomuseología y su interrelación con el campo de la etnología

Como ya hemos señalado, hemos partido del ámbito etnológico, cuestión que vamos a comenzar planteando desde una consideración de tipo etimológico. La *etnología* abarca por un lado un interés primordial centrado en lo *etno* o propiamente perteneciente a todo aquello que nos caracteriza humanamente desde el punto de vista sociocultural. Al preguntarnos precisamente qué es lo sociocultural, en cierta manera habría que responder haciendo alusión a los intereses de aquellos y aquellas que investigan en el campo etnológico donde coincidiríamos con la siguiente afirmación:

“La etnología incluye especialistas que se concentran en los tipos de parentescos y vida familiar, en las actividades económicas, en el derecho y en los sistemas de gobierno, en la religión; en la cultura material y la tecnología; en el lenguaje, las artes, el folklore y la mitología, en casi todos los aspectos principales de las manifestaciones culturales del ser humano”².

¹ Se puede ver la definición de “museos de etnografía, antropología y artes populares” de L. A. Fernández, en *Museología. Introducción a la teoría y práctica del museo*, Fundamentos Maior, Istmo, Madrid, 1993.

² E. A. Hoebel, T. Weaver, *Antropología y experiencia humana*, Ediciones Omega, Barcelona, 1985, p. 13.

Pues bien, estamos ante una definición que nos acerca a eso que decimos ser propio de hombres y mujeres -protagonistas de sus culturas y sociedades-. El parentesco, la economía, los sistemas políticos, el lenguaje, etcétera, polarizan y dan cuenta de la capacidad y formas de configuración social, de las manifestaciones y creaciones de los diversos grupos y colectivos. Nos hallaríamos en resumen, frente a los posibles modos de construir una sociedad y una cultura, ante las formas de organización y de obtención de los recursos materiales, lo cual compone un amplio objeto de estudio que también desemboca en el terreno museal.

Continuando con nuestra consideración etimológica en torno al término *etnología*, no podemos olvidar la parte correspondiente al *logos*, es decir al esfuerzo por hacer una reflexión bien fundamentada, por llegar a configurar conocimiento en torno a lo humano. Retomando ambas partes *etno* y *logos*, se pone en marcha la investigación, en cuya metodología se contempla la necesidad de obtener datos partiendo del trabajo de campo, desde una labor sobre el terreno que en su denominación formal conocemos como etnografía.

Esto último nos da pie para seguir con este juego de palabras, y ver que junto a la acepción *etno-logos* aparece la de *etno-grafos*, pudiéndose indicar en ese intento epistemológico de la etnología, es decir de elaboración, adquisición y desarrollo de conocimiento antropológico (*logos*), la presencia de una parte genuinamente relacionada con el terreno en el cual prima la captación del dato (*grafos*). Esta última parte, se orienta y centra en los materiales y evidencias obtenidos a partir del trabajo de campo, desde los cuales se abre la posibilidad de llegar a configurar una descripción etnográfica para una interpretación y explicación etnológica acerca de cómo es una cultura y una sociedad.

El objetivo se reduce y clarifica en la posibilidad de llegar a disponer de materiales que sirvan para sentar las bases de las distintas manifestaciones culturales y sociales³. Esta intención que como se ha señalado, implica también una intención museal, dará lugar a lo que entendemos por etnomuseología. La búsqueda etnológica encuentra referentes específicos en torno a una intención muy concreta tal y como es la de investigar, trabajar y proyectar desde el museo las labores, hallazgos, aportaciones en buena medida de carácter antropológico.

Aparece ante nosotros un doble objetivo donde lo etnológico, se funde con lo museológico en una relación que trata de compaginar lo propiamente antropológico y el campo de lo museal. En esta interrelación encontramos por un lado aquello que la etnología aporta a la museología, donde principal-

³ Para una definición específica del concepto de etnografía se puede ver D. Kaplan y R. Manners, "Antropología: métodos y problemas en la formulación de las teorías", en H. M. Velasco (comp.), *Lectura de antropología social y cultural. La cultura y las culturas*, UNED, Madrid, 1995.

mente reflexionaremos a continuación sobre el aspecto etnomuseográfico, y por otro lado aquello que la museología aporta a la etnología, donde el museo se muestra como institución en la que la investigación también ocupa un lugar primordial.

La implicación entre la etnología y la museología

Siguiendo con la cuestión sobre aquello que la etnología aporta a la museología (aspecto etnomuseográfico), seguramente hallaremos una respuesta al centrarnos en la propia metodología etnológica. Ésta presenta una serie de características que han impregnado en mayor o menor medida también el quehacer etnográfico museal. Por lo tanto vamos a mirar por unos momentos hacia el propio devenir del método antropológico y fundamentalmente etnográfico, en el que descubrimos al menos cuatro momentos importantes sobre los que conviene reflexionar.

En el primero, coincidente con los propios inicios de la disciplina, hallamos una intención clasificatoria donde los datos son obtenidos en aras de una visión evolucionista que intenta mostrar la “evolución lineal” de los hechos culturales y donde todavía -mediados y finales del siglo XIX- no se plantea como condición imprescindible la presencia directa del investigador sobre el terreno a la hora de recopilar los datos. Es así como se ha llegado a llamar a este período y forma de hacer las cosas, bajo el apelativo de “antropología de gabinete” o de “segunda mano”. Esto para decir que en parte los datos son aportados por informantes (administradores, misioneros, viajeros...) frecuentemente sin una formación propiamente etnológica y etnográfica.

Los hechos, datos e incluso objetos materiales eran recogidos por los antropólogos en buena medida en el instante en el que llegaban a sus despachos y centros de trabajo. Esta actitud no obstante contrastaría con el interés por conocer y viajar a los propios lugares donde se ubicaban y encontraban las culturas estudiadas, al menos por parte de algunos de los investigadores de la época. En tales condiciones se relaciona, compara y se sacan conclusiones. Todo ello, como hemos señalado desde un empeño teórico demostrativo de la evolución lineal de la cultura en general.

En este momento histórico en el que todavía las instituciones universitarias no cubren la investigación etnológica, el museo aparece como lugar fundamental. Dos ejemplos que nos ilustran claramente esta afirmación serían el de Adolf Bastian (1826-1905) y el de Edward B. Tylor (1832-1917) entre otros. Bastian por ejemplo dedicaría parte de su actividad como conservador museístico en el *Königliches Museum für Völkerkunde* de Berlín, uno de los principales centros etnográficos y de formación etnológica a nivel internacional; por su parte Tylor trabajaría en otro importante museo, el *Pitt Rivers Museum* de Londres. Esto coincide con una época en la que las colecciones tratan de

perfilar y dibujar las etapas del proceso evolutivo. Es un momento en el que la muestra etnográfica se presta como vehículo de información al respecto. Es decir, como indicador de alguna de las etapas de la evolución cultural con una finalidad descriptiva y comparativa de las distintas culturas a las que pertenecen los datos materiales. Sin embargo esta posición cambiará ante posiciones que configurarán y entenderán el quehacer metodológico de forma diferente.

Esta última afirmación se constata históricamente con el imperativo de recoger y obtener información etnográfica directamente sobre el terreno. Se plantea la necesidad de una garantía real de la verificabilidad de los datos la cual aparece de la mano de posiciones teóricas culturalistas claramente a principios del siglo XX. Ahora se intenta reconstruir las historias de las culturas, mostrar su evidencia en el espacio y también analizar su proceso de difusión. Es en este instante cuando por ejemplo Franz Boas indica, fundamentalmente con su actitud, la necesidad de la presencia sobre el terreno practicando un trabajo etnográfico de gran minuciosidad y detalle, práctica con la que queda descartado cualquier filtro personal y profesional (misioneros, administradores coloniales, etc.) como había sucedido en buena parte hasta el momento.

Franz Boas llega a este planteamiento metodológico en buena medida de la mano de la etnomuseología; no en vano antes de establecerse en Estados Unidos, ya había trabajado en Berlín en dicho ámbito junto a A. Bastian. Además continuará con sus labores museísticas en Nueva York hasta 1905, concretamente en el *American Museum of Natural History*. La sala etnográfica en el museo será un marco importante para tratar de sentar nuevas bases. Franz Boas trata de ir más allá de las formas exteriores de los objetos y de la posible clasificación por etapas de los pueblos. Se adentra en las especificidades de tipo histórico y cultural fundamentalmente. No será el único, pues por esta misma institución, el *American Museum of Natural History*, también pasarán otros nombres relevantes de la antropología tales como por ejemplo Clark Wissler y R. H. Lowie, para quienes la experiencia de campo y la labor etnomuseológica estarían también estrechamente ligadas.

Pero la cuestión irá más allá en el plano metodológico, sobre todo a partir del momento en el que se insta a realizar un trabajo de campo más de acorde con el ejercicio experimental científico. En este sentido B. Malinowski sienta una serie de bases entre las que incluye llegar a conocer aquello que piensan los protagonistas de las sociedades estudiadas, lo que él denomina “mentalidad del nativo”. Esto añade un nuevo peso específico al método etnográfico en un momento en el que se están buscando criterios “científicos” para la labor etnográfica. El dato etnográfico, ahora adquiere una tonalidad diferente que implica al investigador directamente en un esfuerzo por llegar a saber lo que piensan, cómo sufren, gozan... en resumen cómo se implican a la hora de organizar y construir su cultura los protagonistas. No basta solamente con la prueba factual, ésta también tiene “vida”, un sentido que ahora

no es inerte sino funcional, que además nos pone en contacto con unas formas de pensamiento y mentalidad.

Para llegar a conseguir lo señalado se propone el recurso a la “observación participante”, es decir recoger datos, realizar croquis o bocetos, recopilar materiales, etcétera, pero al mismo tiempo que se vive con y junto a los actores. Al mismo tiempo que se aprende y comprende lo que hacen por medio de la observación y convivencia. Prácticamente quedan sentados los principios fundamentales del quehacer etnográfico. Éste coincide con una visión de la cultura como algo funcionalmente vivo y en acción. Ahora al detalle y a la minuciosidad, se le añaden el esfuerzo por describir de forma viva los datos que aparecen funcionalmente interrelacionados. Los hechos adquieren su sentido cuando se descubre la relación y la coherencia que tienen unos con otros. Desde esta perspectiva, las posibilidades se brindan de forma diferente. La cultura material comienza a entenderse como el testimonio de condiciones psíquicas y sociales que fundamentan las formas culturales. Se da una necesidad por contextualizar todo aquello que se ha recogido sobre el terreno y de relacionar a las personas con la realidad material y con las condiciones sociales a la hora de conseguir sus recursos.

A través de este mismo hilo conductor, llegaríamos ahora a otros posicionamientos más cercanos a nosotros en el tiempo, que entrarán a debatir los aspectos participativos que implica esa “observación participante” propuesta ya anteriormente. Al respecto para J. L. Peacock por ejemplo, aquél o aquélla que investiga, abstrae y construye “hechos” a partir del flujo de la experiencia⁴. En esta línea los hechos y la conciencia del investigador no son tan fácilmente separables. Quien vive situaciones, en su búsqueda sobre el terreno se ve llevado ya en ese momento también a una “interpretación”. En la implicación también prima la experiencia personal. ¿Hasta dónde “etnógrafos” y “nativos” trabajan juntos para construir los datos y la interpretación que denominamos “etnografía”? Llevando esta misma idea al campo etnomuseológico, podríamos decir que su materialización también es fundamentalmente una interpretación o al menos expresión donde el investigador trabaja en una sociedad en la que el museo es instrumento para la comunicación, la preservación, la exposición de aspectos, valores e intereses que se desea -valga la redundancia- comunicar, preservar y exponer por algún motivo o razón (incluidas las de tipo etnomuseológico, etnológico, etc.).

Como vemos aparece otra cuestión muy interesante. La exposición etnomuseológica y el trabajo etnográfico, se muestran con un contenido teórico, es decir han sido programados, organizados, llevados a cabo, elaborados, desde algún parámetro explicativo, desde alguna visión de lo social y lo cultural.

⁴ Ver J. L. Peacock, “Método”, en H. M. Velasco (comp.), *op. cit.* pp 155-197.

Y en este mismo sentido el “etnomuseo” se muestra como expresión social pública, como “lugar de intervención del saber etnográfico en la sociedad”, como “tribuna” e “instrumento de legitimación”, incluso como “manifestación de una identidad colectiva” regional, nacional, constitucional, etc.

La exposición etnomuseográfica y su declaración de intenciones

Hemos hablado de intencionalidad teórica y hemos visto respecto a la etnografía y metodología etnológicas, diversas perspectivas desarrolladas en el tiempo. Se entiende y perfila el quehacer antropológico, de tal manera que se intenta perfeccionar dicha labor en función de planteamientos teóricos diferentes. Aunque esta cuestión haya quedado clara, sin embargo sería necesario puntualizar en torno a esa otra intencionalidad que acabamos de mencionar. El museo etnológico, las exposiciones etnomuseográficas, etcétera, además de poseer un contenido teórico y metodológico, también contienen una pretensión que a veces incluso se mezcla con la primera. El museo es una institución basada en alguna “idea fundamental” desde la cual persigue una serie de objetivos en su estudio de lo sociocultural.

Para completar la reflexión al respecto, nos fijaremos ahora en uno de los museos de nuestro ámbito, el *Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco-Euskal Arkeologia, Etnografia eta Kondaira Museoa* ubicado en Bilbao. En él hallamos dos exposiciones de reciente creación dedicadas a dos ámbitos de la cultura tradicional: uno referente al modo de vida pastoril y otro al pesquero. Ambos sectores son considerados partes integrantes de la cultura vasca globalmente entendida y donde por lo tanto su comprensión pasaría por al menos estas dos manifestaciones. Las dos son tratadas de forma diferenciada y con una atención especial constituyendo dos salas separadas y dedicadas de forma monográfica a sus temas respectivos. La cultura vasca por lo tanto es considerada y entendida con unas partes específicas donde no es posible dejar de lado lo pastoril y pesquero.

Si nos detenemos en las exposiciones mencionadas, en concreto hallamos una serie de características donde destaca:

- El recurso a la cultura material fundamentalmente tradicional donde se constata una riqueza etnográfica muy importante.
- Un contenido interpretativo del ámbito cultural en el que se distinguen las partes que se indican a continuación.

En primer lugar un intento de reconstrucción temporal, con alusiones y datos primero prehistóricos y posteriormente documentales e históricos. A continuación se puede observar una alusión a la ubicación física donde se lee en cierta medida que el medio interactúa y tiene algo que ver con la configuración cultural ya sea pastoril o pesquera. En tercer lugar se da una impor-

tancia fundamental a las técnicas y las formas tecnológicas empleadas en la consecución de los medios materiales de vida tradicionales. Por otra parte se dedica un lugar a lo lúdico y también a lo religioso y simbólico.

Esto que acabamos de señalar nos indica que el concepto de lo cultural es contemplado con exponentes y partes importantes muy concisos. Se están primando aspectos y por lo tanto se está ofreciendo una configuración precisa de los ámbitos tratados. En este sentido podríamos decir que los elementos presentes, aparecen configurando un “texto” expositivo que transmite una explicación, a la vez que muestra la importancia de la cultura -sociedad tradicional estructurada a partir de la actividad pastoril y pesquera- en tanto que componentes fundamentales de lo que se puede entender por cultura tradicional vasca.

Una “etnografía” en el Museo de las Civilizaciones de Canadá

Siguiendo en la misma perspectiva, vamos a detenernos ahora en otro caso concreto perteneciente al *Musée Canadien des Civilisations-Canadian Museum of Civilization*. Una visita en agosto de 1995, nos ha permitido recoger en primer lugar, un conjunto de datos que nos hablan de un interés por las culturas autóctonas canadienses (donde se constata una intencionalidad acorde con la carta magna canadiense que contempla a los amerindios como primeros pobladores: autóctonos, constituyentes y fundamentales para entender un país multiétnico), y en segundo lugar una gestión museal que junto a la valoración de las naciones amerindias, incluye (en el momento de nuestra visita) como objetivo, mostrar cómo se consideran, restauran y preservan elementos de cultura material a la hora de realizar sus objetivos.

Respecto al primer punto, interés por las culturas autóctonas canadienses, indicaremos dos aspectos importantes que destacan:

- La construcción arquitectónica del edificio que alberga el museo. Éste presenta primordialmente líneas curvas en respuesta y consideración con una tradición amerindia según la cual los malos espíritus se instalan y viven en las esquinas y los rincones. Su presencia en el museo se ha evitado por lo tanto, al mismo tiempo que se reincorpora y utiliza una creencia tradicional dando como resultado una edificación en cuya fachada priman las líneas curvas y se descartan a toda costa los rincones (ver fotografía 1: Edificio del Museo Canadiense de las Civilizaciones).
- La ubicación de una macrosala en la que destaca un conjunto de totems pertenecientes a distintas naciones amerindias, pobladoras de lo que actualmente conocemos como Canadá (ver fotografía 2: Totems amerindios, sala principal).



Fotografía 1: Edificio del Museo Canadiense de las Civilizaciones.



Fotografía 2: Totems amerindios, sala principal.



Fografía 3: Restauración del totem de Cunshewa.

En relación a este segundo punto, en nuestra visita tuvimos la ocasión de observar y hacer una “etnografía” en la que pudimos recoger la restauración de un totem destinado a una de las salas del museo. Las operaciones (decapado, tratamiento de la madera...) se realizaban públicamente en el exterior en una zona de paso, dando al mismo tiempo la oportunidad a los visitantes para poder observar tales labores (ver fotografía 3: Restauración del totem de Cunshewa).

Nuestro totem, -considerado y valorado en tanto que elemento de cultura material fundamental- es concretamente el *Totem de Cunshewa* cuya historia y trayectoria expuestas en un cartel explicativo de las labores en curso, colocado junto a la persona ocupada en su restauración, rezaban de la manera siguiente:

“El totem de Cumshewa. En 1878 el pueblo Haida de la localidad de Cunshewa en las Islas de la Reina Carlota, talló y erigió este emblema totémico de thuya gigante. Salió de su pueblo originario para ser mostrado en la *Exposición Universal de Chicago* en 1893, posteriormente en 1901 sería adquirido por el *Field Museum* de esta misma ciudad. En 1931 fue cedido también en Chicago para la exposición *Century of Progress* y poco después vendido a una colonia de vacaciones en la que se repintó periódicamente. El *Musée Canadien des Civilisations-Canadian Museum of Civilization*, lo adquiere en

1982 con los fondos destinados al repatriamiento cultural del Ministerio del Patrimonio Canadiense.

Desde arriba hacia abajo se pueden ver las figuras siguientes: tres guardianes con sus sombreros de anillos del *pottlach*. Un cormorán cuyo pico original ha sido reemplazado, una orca con una aleta dorsal sobresaliendo ahora inexistente, con la cola en forma elevada y un oso llevando una presa en su boca y otra entre sus garras.

Los trabajos de conservación en curso son parte de una operación que trata de preservar los valores históricos, artísticos y culturales presentes en esta colosal escultura. La UNESCO ha declarado la ciudad de Ninstints sede del patrimonio mundial de la humanidad, lo cual puede darnos una idea de la importancia de una obra de arte como el poste totémico de Cunshewa desde su consideración como patrimonio para la humanidad. La declaración de la UNESCO subraya la necesidad de preservar para siempre los monumentos de este calibre para que las generaciones futuras puedan servirse de ellos”.

Como se puede ver, el totem en cuestión, es adquirido en un momento dado, después de un largo recorrido, en una situación donde ya no cumple sus funciones originarias para las que fue construido por los Haida. Sin embargo con una intencionalidad y objetivos muy concretos. La etnografía, ha podido llevarnos a saber y entender cuáles fueron las funciones del totem, para qué se erigían, qué era el *pottlach*, etc. etc. En estos momentos -la práctica etnográfica y etnomuseográfica-⁵ nos lleva a constatar realidades (conocimiento de la situación actual de los denominados “primeros pobladores” del país), hecho que sucede y se refleja también, al menos en parte, en las exposiciones del *Musée Canadien des Civilisations-Canadian Museum of Civilization*. Y junto a estos dos aspectos -una etnografía y etnología practicada antes y otra actual- se constata lo que hemos denominado aquí, “intencionalidad” del museo etnológico que también es posible descubrir con una “práctica etnográfica” que persiga llegar a saber cuál es la función, el rol, el papel que cumplen socialmente estas instituciones entre cuyos objetivos destaca la representación y configuración de las culturas (vasca, canadiense, amerindia...).

⁵ Ver T. Nicks, “Partnerships in Developing Cultural Resources: Lessons From the Task Force on Museums and First Peoples”, *Culture*. XII,(1), pp. 87-94.

Bibliografía

- HOEBEL, E. A. (1985) *Antropología y experiencia humana*, Barcelona, Ediciones Omega.
- FERNÁNDEZ, L. A. (1993) *Museología. Introducción a la teoría y práctica del museo*, Madrid, Fundamentos maior, Istmo.
- KAPLAN, D., MANNERS, R. (1995) Antropología: métodos y problemas en la formulación de las teorías, en H. M. Velasco (comp.), *Lectura de antropología social y cultural. La cultura y las culturas*, UNED, Madrid, 1995.
- NICKS, Trudy (1992) Partnerships in Developing Cultural Resources: Lessons From the Task Force on Museums and First Peoples, *Culture*. XII,(1): 87-94.
- PEACOCK, J. L. (1995) Método, en H. M. Velasco (comp.), *Lecturas de antropología social y cultural. La cultura y las culturas*, Madrid, UNED: 155-197.